

LAS POSICIONES DE SARMIENTO FRENTE AL INDIO

POR

DANIEL E. ZALAZAR

Indiana University of Pennsylvania

Por lo general, los autores que se han ocupado de la posición de Sarmiento frente al indio americano han mostrado que fue antiindigenista, y, para apoyar esta tesis, han citado los textos de sus escritos en que se refiere a la inferioridad racial de los americanos autóctonos frente a los europeos o nos han recordado su apoyo a las campañas militares contra los indios llevadas a cabo en la segunda parte del siglo XIX en la Patagonia argentina. A veces nos han presentado en forma de contraste las posiciones de Sarmiento y Martí, por las notorias diferencias de actitud de estos grandes americanos, sin aludir —con la importante excepción de Jaime Alazraki— a las diferentes situaciones en que ambos vivieron y actuaron. En un artículo del profesor Sacoto, publicado en *Cuadernos Americanos* en 1968 bajo el título de «El indio en la obra literaria de Sarmiento y Martí»¹, se refiere a los dos como si fueran la cara y seca de una moneda: Martí habría sido el defensor de los indios, y Sarmiento, el enemigo empecinado de ellos, el que deseaba su completa aniquilación. Esta tesis, sin variantes, es mantenida todavía en su obra *El indio en el ensayo de la América española*², publicado en 1971.

Los trabajos del profesor Sacoto, tan afectivos e impresionistas, son menos sólidos, desde un punto de vista crítico, que el artículo de Jaime Alazraki, publicado varios años antes, con el título de «El indigenismo de Martí y el antiindigenismo de Sarmiento»³. En este trabajo, el profesor

¹ Antonio Sacoto, «El indio en la obra literaria de Sarmiento y Martí», *Cuadernos Americanos*, 156, 1 (enero-febrero de 1968), 137-163.

² Antonio Sacoto, *El indio en el ensayo de la América española* (New York: Las Américas Publishing Co., 1971).

³ Jaime Alazraki, «El indigenismo de Martí y el anti-indigenismo de Sarmiento», *Cuadernos Americanos*, 140, 3 (mayo-junio de 1965), 135-157.

Alazraki, aunque mostrando las actitudes diferentes de Martí y Sarmiento, había señalado muy atinadamente que los grados de civilización de los pueblos indígenas con que ambos estuvieron en contacto, y a los que hicieron referencia en sus escritos, eran distintos. Mientras Martí conoció y estudió las culturas indígenas de México y Centroamérica, Sarmiento se ocupó sobre todo de las tribus del sur del continente, que no habían alcanzado grados de cultura semejantes a las civilizaciones de México y el Perú⁴.

Hay escritos anteriores donde se habla del «odio al indio» de Sarmiento, especialmente el libro *Sarmiento*, de Ezequiel Martínez Estrada, en que éste afirma que: «/S/ concibió entrañable odio al indígena, y apenas lo consideró un ser humano. Únicamente invocaba su miseria en argumentaciones ocasionales. Prevalcía en él, a este respecto, el culto a la civilización sobre el culto al hombre natural, confundiendo en la clase de 'salvaje' tanto al indio de nuestras pampas como al aborigen de México y el Perú»⁵. Lamentablemente, afirmaciones de Martínez Estrada, demasiado generales e incluso incorrectas como ésta, inspiraron otros trabajos en la misma línea. Así, por ejemplo, el de Alfredo L. Palacios, titulado «Civilización y barbarie: Dualismo simplista inaceptable»⁶, donde el autor se hace eco de aquél en un ensayo en que busca probar que Sarmiento no entendió el fondo social revolucionario subyacente en los indios y en las montoneras gauchas.

El objeto de este trabajo es poner en evidencia las múltiples facetas de la posición de Sarmiento ante los indígenas americanos y corregir en lo posible la opinión bastante difundida entre los americanistas de que sentía odio hacia el indio y deseaba su total exterminio. Trataré de mostrar que, en la mayoría de los textos en que él alude en forma más o menos peyorativa a los nativos americanos, especialmente en *Educación popular* y *Conflicto y armonías de las razas en América*, lo hace para censurar la mestización forzada por la conquista hispánica entre una raza dominante y otra dominada y esclava, con su secuela de explotación servil y desigualdad social, cultural, política y económica. El resultado fue que ello dio origen a pueblos reacios a la educación, inadecuados para la democracia y el uso de las libertades civiles y los derechos políticos y refractarios para los modos de vida de la sociedad moderna. Aun en la segunda de las obras citadas, donde hay tantas censuras y críticas al modo

⁴ Alazraki, 146-147.

⁵ Ezequiel Martínez Estrada, *Sarmiento* (1946; Buenos Aires: Sudamericana, 1969), p. 80.

⁶ Alfredo L. Palacios, «Civilización y barbarie. Dualismo simplista inaceptable», *Cuadernos Americanos*, 105, 4 (julio-agosto de 1959), 162-202.

de vida de los indios, muchas de ellas agravadas por su tendencia a exagerar y cargar las tintas y por su tono oratorio y enfático, su objetivo no es vituperar a los indios ni censurar a la Providencia por haberlos hecho como son, sino más bien mostrar los magros resultados de la conquista y colonización españolas en América, que, al forzar el cruce de razas que se encontraban en muy diferentes estados de evolución, ha producido pueblos incapaces para el ejercicio de la democracia. Por eso las mayores críticas son para España. El desarrollo del tema es aproximadamente cronológico, porque Sarmiento pasó —en los casi cuarenta años que median entre *Facundo* y *Conflicto y armonías*— de una posición romántica, historicista y utópica a otra positivista, biológica-evolucionista, antirromántica y antiutópica, lo cual se refleja en su posición frente al indio, que se hace más ácida al considerarlo uno de los factores que ha producido el fracaso democrático hispanoamericano. Su dureza expresiva aparece intensificada todavía más por la suficiencia que sus afirmaciones adquieren al pretender fundarlas en conclusiones científicas indiscutibles, asentadas sobre la teoría evolucionista de Darwin, a la que se adhieren dogmáticamente.

DOS POSICIONES FRENTE A LOS INDIOS

En el *Facundo*, Sarmiento no tiene una sola y única actitud frente a los indios, sino dos, porque para él hay dos clases de indios: los que están en estado salvaje y los que han sido asimilados por las ciudades, es decir, la civilización. Al mencionar a los primeros los llama, generalmente, «salvajes» u «hordas salvajes», aludiendo a los que, formando malones, atacaban a las poblaciones o haciendas para llevarse ganado, mujeres y botín. Al tratar de los segundos, lo hace en forma individual, como en el caso de Calíbar. Su actitud frente a los que llama «salvajes» es que hay que combatirlos con las armas. Esta posición es invariable en adelante. Así, en 1849, residiendo todavía en Chile, escribe en el periódico *Crónica* lo siguiente: «Las invasiones de indios se repiten con tanta frecuencia en las fronteras desguarnecidas de la República Argentina, que empieza a generalizarse la idea de la oportunidad de una expedición al sur para amedrentar a los bárbaros»⁷. Sugiere, entonces, que se envíe una expedición que los empuje más allá del río Colorado y se construyan fuertes que permitan el establecimiento de líneas de colonias militares y agrícola-

⁷ Domingo F. Sarmiento, «Las colonias del sur», en *Obras completas*, tomo VI, p. 213.

las, lo que que haría posible, además, instalar inmigrantes europeos en una gran zona del territorio del sur de la pampa. Textos semejantes pueden encontrarse en otros escritos posteriores, pues él nunca ocultó su total aversión y enemistad hacia estos indígenas, hasta el punto de que creía que se justificaba su aniquilación si no había otra solución.

Como ya en *Facundo* sitúa a los indígenas del lado de la barbarie, en cuanto opuesta a la civilización, es conveniente aclarar ahora las acepciones que en ese libro da a los términos *salvaje* y *bárbaro* que aplica a los indios. *Salvaje* significa para él «hombre primitivo», hombre que es sólo un elemento o parte de la naturaleza a la que no ha dominado. Aplica también este término a la naturaleza virgen, no transformada todavía por el hombre civilizado. Habla, por ejemplo, de «la fisonomía de la naturaleza grandiosamente salvaje que prevalece en la inmensa extensión de la República Argentina»⁸. En otro pasaje dice: «En materia de hacer caminos, la naturaleza salvaje dará la ley por mucho tiempo y la acción de la civilización permanecerá débil e ineficaz»⁹. *Bárbaro* tiene la significación de hombre en lucha con una naturaleza salvaje o no dominada completamente, es decir, individuo no asimilado aún por la civilización o que ha abandonado las costumbres y hábitos de las ciudades. Tiene, en consecuencia, modos de comportamiento rústicos y manifiesta la mayor parte de las veces antipatía o rechazo por la vida civilizada. *Civilizado*, en cambio, es el hombre que ha asimilado las costumbres, actitudes y aptitudes adecuadas para vivir en las ciudades, o sea, que posee saber de las normas de convivencia, de las leyes, del gobierno, de la moral, de la religión, de las artesanías e industrias creados y desarrollados en los recintos de las ciudades¹⁰. Sarmiento aplica la palabra bárbaro no sólo a los indios, sino a los gauchos, a quienes considera mestizos de blanco e indio, y a los criollos de origen europeo que han abandonado el modo de vida de las ciudades. Afirma, por ejemplo, que «no se ha mostrado mejor dotada de acción la raza española cuando se ha visto en los desiertos americanos abandonada a sus propios instintos»¹¹. Al comparar las colonias alemanas y escocesa del sur con los poblados criollos, agrega:

La villa nacional es el reverso indigno de la medalla; niños sucios y cubiertos de harapos viven con una jauría de perros; hombres tendidos por el suelo en la más completa inacción; el desaseo y la pobreza

⁸ Sarmiento, *Civilización y barbarie*, en *Obras completas*, tomo VII, p. 14.

⁹ Sarmiento, *Civilización y barbarie*, p. 14.

¹⁰ Para el concepto de *civilización* en Sarmiento, véase Raúl A. Orgaz, «Sarmiento y el naturalismo», en *Obras completas* (Córdoba: Asandri, 1950), II, 309-310.

¹¹ Sarmiento, *Civilización y barbarie*, p. 26.

por todas partes; una mesita y petacas por todo amueblado; ranchos miserables por habitación y un aspecto general de barbarie y de incuria los hacen notables¹².

Al hacer la comparación entre las organizaciones sociales de los gauchos y de los indígenas, afirma, incluso, la superioridad de las de estos últimos: «De aquí resulta —dice— que aun la tribu salvaje de la pampa está organizada mejor que nuestras campañas para el desarrollo moral»¹³.

De las citas anteriores puede inferirse que lo que le interesa a Sarmiento no es vituperar a los indios o a los gauchos, sino contraponer el modo de vida y la organización social de las campañas, que para él es el desierto, con los de las ciudades. La civilización está encerrada en las ciudades, y no sólo los mestizos gauchos, sino también los blancos, se han barbarizado en contacto con la naturaleza del desierto. Es el aislamiento y la lucha continua o la adaptación pasiva a una naturaleza hostil y primitiva lo que los barbariza a todos: criollos, gauchos e indígenas.

Sin embargo, ya en *Facundo*, es decir, tempranamente, al tratar el tema de la fusión y mezcla de razas enuncia las tesis del carácter negativo del resultado del cruce racial de blancos, indios y negros. Especialmente le parece retrógrada la mezcla con los indígenas. «Mucho debe haber contribuido —dice— a producir este resultado desgraciado la incorporación de indígenas que hizo la colonización. Las razas americanas viven en la ociosidad, y se muestran incapaces, aun por medio de la compulsión, para dedicarse a un trabajo duro y seguido»¹⁴.

Los textos anteriores sólo exponen una de las posiciones, o mejor, actitudes de Sarmiento frente al indio: la que podríamos llamar negativa, y que ha dado lugar a que algunos autores afirmen que Sarmiento odiaba al indio y deseaba su completo exterminio. Pero él tuvo también una actitud positiva, de simpatía hacia el indio, en quien veía a una raza primitiva, abusada y degradada por los conquistadores blancos. Esta simpatía se extiende, algunas veces, a los indios de las praderas y de los bosques. Por ejemplo, cuando se refiere al argentino del campo se detiene a señalar los modos análogos de resolver los problemas que éste emplea con los que usan los indios de las novelas de Fenimore Cooper, especialmente en algunos de los relatos de *The Leatherstocking Saga*, como *The Prairie*, *The Pathfinder* y *The Last of Mohicans*. Señala, por ejemplo, que «el procedimiento para asar una cabeza de búfalo en el desierto es el mismo que nosotros usamos para batear una cabeza de vaca

¹² Sarmiento, *Civilización y barbarie*, p. 26.

¹³ Sarmiento, *Civilización y barbarie*, p. 30.

¹⁴ Sarmiento, *Civilización y barbarie*, p. 26.

o lomo de ternera»¹⁵. Aparte de su simpatía romántica por el indio de Cooper y Chateaubriand, que revelan todavía influencias rousseauianas en él, Sarmiento se complace en mostrar ejemplos que parecen probar su teoría de que «modificaciones análogas del suelo traen análogas costumbres, recursos y expedientes» en diversas partes del mundo. Por eso él, hombre que se considera civilizado, pero que es habitante de un país semibárbaro, se incluye en el «nosotros» que usa en la comparación.

En *Recuerdos de provincia* dedica un amplio párrafo a los huarpes, los antiguos habitantes de las lagunas del sudeste de San Juan, su provincia, y describe sus costumbres con simpatía. Escribe con admiración sobre sus artesanías, como en el trozo siguiente: «¿Habéis visto por ventura unas canastillas de formas variadas que contienen los útiles de costura de nuestras niñas, (...) ? Estas canastillas son restos que aún quedan en las lagunas de la industria de los huarpes. Servíanse en tiempos de Ovalle de ellas, como vasos para beber agua, tan tupido era el tejido de una paja lustrosa, amarilla y suave que crece a orillas de las lagunas de Huanacache»¹⁶. Luego, comparando en forma favorable al indio con el hombre blanco de la zona, agrega: «El huarpe todavía hace flotar su balsa de totora, para echar sus redes a las regaladas truchas; el blanco, embrutecido por el uso del caballo, desfila por el lado de los lagos con sus mulas, cargadas como las del contrabandista español»¹⁷.

En su biografía de *El Chacho* muestra interés por los poblados indígenas o mestizos que se encontraban diseminados todavía en la década del sesenta en las zonas rurales de La Rioja y nordeste de San Juan. Aunque piensa que estos poblados, formados a la fuerza por los propietarios de tierras, y que eran villas miserables sin tierras aptas para el cultivo, han desempeñado una función importante en apoyo de los levantamientos montoneros de El Chacho Peñaloza, es decir, en el rebrote de la barbarie y las luchas civiles después de la caída de Rosas, afirma que los verdaderos culpables son los blancos dueños de las tierras, porque han vaciado los campos de seres humanos para poblarlos de animales. Tienen palabras de condena para la acción de los conquistadores españoles contra los indios. «En vano —dice—, las leyes de Indias quisieron proteger a los naturales contra la rapacidad de los conquistadores, que despoblaban de hombres el suelo a fin de criar ganados que les asegurasen la opulencia sin trabajo»¹⁸.

¹⁵ Sarmiento, *Civilización y barbarie*, p. 37.

¹⁶ Sarmiento, *Recuerdos de provincia*, en *Obras completas*, tomo III, p. 38.

¹⁷ Sarmiento, *Recuerdos de provincia*, p. 38.

¹⁸ Sarmiento, «El Chacho», en *Obras completas*, tomo XLVI, p. 309.

Al aludir a los indios ya asimilados por la civilización, su simpatía raya a veces en la admiración por las dotes excepcionales que algunos poseen, como en el caso de Calíbar, el rastreador. Dice, con evidente complacencia: «Yo mismo he conocido a Calíbar, que ha ejercido en una provincia su oficio durante cuarenta años consecutivos. Tiene ahora cerca de ochenta años; encorvado por la edad, conserva, sin embargo, un aspecto venerable y lleno de dignidad»¹⁹. Parece referirse aquí a uno de los patriarcas del tiempo de Abrahán, jefe de un pueblo todavía seminómada y habitante del desierto, que él habría considerado como recién emergiendo del estado de barbarie.

La simpatía de Sarmiento por los indios asimilados a la civilización se mantuvo hasta el final de su vida. Sólo dos años antes de morir, el periódico *El Censor* publicó un artículo suyo en forma de biografía, que lleva por título «El indio Juan Chipaco. Escenas de Tucumán», que es un retrato moral de un indio diaguíta. Excepto por su obstinada «adhesión al patrón, el amor a la casa, que lo acerca al perro, en su fidelidad y amor», dice Sarmiento que Juan Chipaco poseía cualidades morales superiores, como fidelidad al amigo, espíritu de justicia, compasión, abnegación, liberalidad, caballerosidad, integridad y fortaleza moral. Al relatar los hechos azarosos de su vida, en la cual esas cualidades y virtudes se manifiestan, pone a Juan Chipaco por encima de los héroes de Cooper, que lo deleitaron en su juventud, y de su propio rastreador Calíbar²⁰.

INTERÉS ETNOGRÁFICO Y ARQUEOLÓGICO EN EL INDIO

Sarmiento mostró interés en el indio americano desde el punto de vista científico en varias de sus obras. En su vida de *El Chacho* se ocupa de ellos para acumular pruebas de la descendencia de los indígenas de un tronco común, del cual descenderían también los otros pueblos de la tierra. Se refiere, así, a las correspondencias que un filólogo noruego ha encontrado entre los cantos indios, especialmente los yaravíes y las baladas populares escandinavas. Cita las semejanzas fónicas de ciertas raíces en que, por el cruce de razas se había tratado de incorporar a la civilización encontrado en palabras como Calíngasta, Nonogasta, Catamarca, Cundinarmarca, etc., con las que aparecen en palabras como Dinamarca y otras con el mismo significado. También menciona las semejanzas que hay

¹⁹ Sarmiento, *Civilización y barbarie*, pp. 41-42.

²⁰ Sarmiento, «El indio Juan Chipaco. Escenas de Tucumán», en *Obras completas*, tomo XLVII, pp. 346-354.

entre la lengua gótica y el quechua. Incursionando en la arqueología, se refiere a los osarios de momias existentes en Calingasta, en la provincia de San Juan.

En otros escritos publicados en 1864 y 1865 vuelve sobre este asunto al ocuparse de los restos de los indígenas. En uno titulado «Las piedras pintadas de Zonda» reseña y comenta las conclusiones a que ha llegado un especialista que ha estudiado los petroglifos todavía existentes en el Cerro Blanco, cerca de la ciudad de San Juan. Alude con indudable aprobación a una obra de ingeniería indígena. Se trata de un canal o acequia de piedra cuyos restos se encuentran en ese mismo valle, y que tomando las aguas desde el río San Juan, «ha circundado el valle regando centenares de cuadras más al sur de las plantaciones actuales»²¹. Como comentario, agrega:

El valle de Zonda ha sido, pues, regado por los indios, en toda su extensión, y es una vergüenza para el pueblo culto que lo destruyó no haber sabido aprovechar, si no de los trabajos de los indios, de estas indicaciones al menos, pues la acequia que riega hoy a Zonda tiene su boca-toma una legua más abajo, dejando así sin riego todo el declive de la montaña, a cuya base corre la acequia [...]. Hoy no hay entre las familias plebeyas de Zonda cien individuos de raza india; mientras que la *acequia* que regó el valle pudo asegurar alimento para diez mil habitantes. Tres siglos de conquistas han bastado para hacerla desaparecer²².

En otro artículo, publicado en esa época en el *Correo del domingo*, titulado «Las huacas del Valle del Rimac», expresa su interés por los enterramientos indios en forma de montículos que existen cerca de Lima, Perú, y que él visitó. Señala que su preocupación por ellos se debe a que le parece un hecho, ya probado por la arqueología, que la cronología histórica empleada hasta entonces era demasiado estrecha, ya que había pruebas de la existencia de pueblos en épocas remotas. Afirma: «Las ruinas de Palenque, de piedra labrada y bordada de dibujos, y que ocupan ocho lenguas, debajo de las selvas seculares que han crecido sobre la más estupenda ciudad del mundo, son anteriores a toda civilización en el viejo mundo, sin excluir la de Egipto»²³. Aunque las investigaciones posteriores han probado que esta tesis es errónea, no puede negarse la

²¹ Sarmiento, «Las piedras pintadas de Zonda», en *Obras completas*, tomo XLVI, p. 114.

²² Sarmiento, «Las piedras pintadas de Zonda», p. 115.

²³ Sarmiento, «Las huacas del Valle del Rimac», en *Obras completas*, tomo XLVI, p. 116.

simpatía con que Sarmiento escribe sobre los restos de Palenque. Más adelante especula sobre los orígenes o procedencia de la raza indígena americana, inclinándose por la hipótesis de que es un «vástago de la tártara o asiática», y trata de hallar semejanzas entre el idioma quechua y el sánscrito, y aun hasta con el idioma de los egipcios, con los cuales, además, encuentra semejanzas en la momificación de los cadáveres. Pienso que las culturas del Perú están ligadas a Egipto e India no directamente, sino a una «humanidad anterior, que formaría lo que ya se conviene en llamar la época ante-histórica». Partiendo de la teoría de que la evolución de las diferentes culturas humanas ha sido la misma en diferentes partes del planeta, cree haber encontrado en las huacas y en los *mounds* de Norteamérica las etapas intermedias de una línea evolutiva que va desde los simples enterramientos a los montículos primitivos o túmulos (aquí ubica a las huacas y *mounds*), a las pirámides de piedra, a la necrópoli excavada en la montaña, hasta llegar a los mausoleos y nuestros cementerios. Haciendo referencia a los materiales empleados en las construcciones por los indios americanos, señala con admiración que «el ladrillo, que es la invención que sucede al adobe, fue saltada por estos pueblos para llegar de plano a la piedra labrada, como en Fiezzoles en construcciones ciclópeas, y como en Egipto en enormes cantos pulidos, aunque polígonos aquí, lo que hace más asombroso el esfuerzo»²⁴.

EL INDIO Y EL PROBLEMA DE LA EDUCACIÓN COMÚN

En su obra *Educación popular*, escrita en 1850, pero publicada en 1854, que es un informe al Gobierno de Chile sobre la educación primaria en Europa y los Estados Unidos, lanza una dura crítica a la situación de retraso cultural e intelectual de España y al sistema de colonización español en América. Censura, especialmente, la incorporación de las razas indígenas con las que los conquistadores españoles se mezclaron. Afirma:

Todas las colonizaciones que en estos tres últimos siglos han hecho las naciones europeas [con la excepción de España y Portugal, naturalmente], han arrollado delante de sí a los salvajes que poblaban la tierra que venían a ocupar. Los ingleses, franceses y holandeses en Norteamérica no establecieron mancomunidad ninguna con los aborígenes, y cuando con el lapso del tiempo sus descendientes fueron llamados a formar Estados independientes, se encontraron compuestos de las razas

²⁴ Sarmiento, «Las huacas del Valle del Rimac», p. 118.

europas puras, con sus tradiciones de civilización cristiana y europea intactas ²⁵.

De la educación de Sudamérica dice:

Muy de distinto modo procedió la colonización española en el resto de América. Sin ser más humana que la del Norte, por aprovechar del trabajo de las razas indígenas esclavizadas, acaso por encontrarlas más dóciles también, incorporó en su seno a los salvajes; dejando para los tiempos futuros una progenie bastarda, rebelde a la cultura y sin aquellas tradiciones de ciencia, arte e industria que hacen que los deportados de la Nueva Holanda reproduzcan la riqueza, la libertad y la industria inglesa en corto número de años... Es un hecho fatal que los hijos sigan las tradiciones de sus padres y que el cambio de civilización, de instintos y de ideas no se haga sino por cambio de razas. ¿Qué porvenir aguarda a Méjico, al Perú, Bolivia y otros Estados sudamericanos que tienen vivas en sus entrañas, como no digerido alimento, las razas salvajes o bárbaras indígenas que absorbió la colonización, y que conservan obstinadamente sus tradiciones de los bosques, su odio a la civilización, sus idiomas primitivos y sus hábitos de indolencia y la repugnancia desdeñosa contra el vestido, el aseo, las comodidades y los usos de la vida civilizada? ²⁶

Sarmiento escribió esto cuando acababa de volver de un viaje por Europa y Estados Unidos, encandilado por lo que había visto, sobre todo en Norteamérica. Pensaba entonces que llevaría posiblemente siglos de trabajo arduo, de educación popular intensa y de gobierno docente corrector de las deficiencias culturales individuales para poder elevar a estas poblaciones al nivel de la civilización europea y norteamericana. Considera aquí el retroceso social, político y cultural, y en general la barbarización resultante de la fusión de razas como un problema educativo de tal magnitud que su solución parecía requerir fuerzas superiores a las de los países hispanoamericanos. En realidad, para Sarmiento el problema no estaba en el indio mismo, el cual, si se le hubiera dejado aislado, hubiera continuado cumpliendo con su ciclo biológico. El problema estaba en que, por el cruce de razas se había tratado de incorporar a la civilización europea a una raza no preparada y, por consiguiente, refractaria a los indígenas a medida que el área civilizada se hubiera ido extendiendo, dejándoles zonas reservadas en que el hombre blanco no entraría. Esta

²⁵ Sarmiento, *Educación popular*, en *Obras completas*, tomo XI, p. 37.

²⁶ Sarmiento, *Educación popular*, pp. 37-38.

es la solución que sugirió se adoptara en el territorio del Chaco, en el norte de Argentina, con los poblados indígenas existentes. Esta política le parecía justificada porque pensaba que los indígenas irían disminuyendo en número naturalmente hasta desaparecer.

En cuanto a su pesimismo sobre la educabilidad de las masas sudamericanas, se debió sin duda a que había sido testigo en Europa del poco éxito alcanzado hasta ese momento —con la excepción de Prusia— en la educación de las masas campesinas, las que permanecían sumidas en la ignorancia y la pobreza. El único rayo de luz en este sentido lo había encontrado en los Estados Unidos, donde una población homogénea de la misma raza había hallado en la religión, por la necesidad de leer e interpretar la Biblia individualmente, el mayor estímulo para aprender a leer, es decir, para su desarrollo intelectual, y en las costumbres puritanas, la mayor fuerza de educación moral.

EL INDIO Y EL CONFLICTO DE RAZAS

La obra inconclusa de 1883, *Conflicto y armonías de las razas en América*, ha sido la cantera preferida por los críticos para extraer citas probatorias del odio de Sarmiento hacia los indios. Es, sin duda, el libro en que hace afirmaciones más duras sobre ellos, pues parte del supuesto de la verdad de la tesis de su inferioridad racial, corolario de la teoría darwiniana de la selección natural.

Para poder entender las razones por las cuales Sarmiento adoptó esta posición naturalista biológica, mezclada, no obstante, a su antigua posición historicista, es preciso tener en cuenta que la época en que escribió este libro se caracterizó por la presencia de una abundante producción pseudocientífica, que fue resultado de la popularización del darwinismo entre amplios sectores de no especialistas. Ello había producido no poca confusión entre los sectores ilustrados de Europa y América. Allison Williams Bunkley describe la situación así:

El escribió su libro en una época cuando se estaban desarrollando por todo el mundo las influencias de una pseudociencia de la herencia. Como resultado de los estímulos dados a las ciencias biológicas por el darwinismo, se buscaba encontrar la causa de más y más elementos de la vida en la herencia. Zola popularizaba este enfoque en sus novelas y era el jefe de una gran corriente de pensadores y escritores. No puede sorprender, entonces, que Sarmiento, viviendo en la época en que vivió y leyendo tan extensamente como lo hizo, cayera en esta moda del estudio pseudocientífico de la herencia. La ciencia moderna ha descartado

la posibilidad de una herencia por la raza de las características de la que Sarmiento trata ²⁷.

Esta confusión se manifiesta claramente en sus vacilaciones al referirse a la herencia, ya que algunas veces alude a la herencia biológica y otras a la herencia histórica ²⁸. Conviene tener en cuenta esto al analizar los textos de *Conflicto y armonías...*, en que alude a los indígenas, porque Sarmiento atribuye a menudo una base hereditaria biológica no sólo a características y aptitudes físicas, sino también a rasgos culturales que luego explica o trata de probar históricamente. Piensa, por ejemplo, que «los actuales habitantes de América, que hallaron salvajes o semisalvajes los contemporáneos de Colón, son el mismo hombre prehistórico de que se ocupa la ciencia en Europa, estando allí extinguido y aquí presente y vivo...» ²⁹. Sin embargo, cuando intenta probar este primitivismo se apoya en citas históricas, como en el caso de la mansedumbre y anonadamiento de la voluntad de los quichuas, que han sido «quebrantados por los siglos de reducción pacífica en el Perú, Bolivia, Ecuador, y el país conquistado por los indios, hacia poco, hasta Córdoba». Emplea la misma clase de explicación histórico-cultural al ocuparse de los guaraníes, cuyo «tipo específico de sumisión y barbarie» se debería al sistema social de gobierno paternalista y comunista aplicado por los jesuitas durante dos siglos. Evidentemente, él pensaba que la debilidad de la voluntad o la cobardía y actitud sumisa se transmiten por medio de la herencia biológica, como sucede con la coloración de la piel o la forma del cráneo, error que la antropología cultural corrigió varias décadas después. De todos modos, la confusión entre lo cultural y lo biológico impregna toda la obra.

La posición naturalista biológica e histórica de Sarmiento se complementa, todavía, con ideas tomadas de Herbert Spencer sobre la evolución de las sociedades humanas. Una de las ideas en que coincide con Spencer, y que él aceptaba aun antes de conocer las obras del filósofo inglés, pues la había bebido en Saint Simon y Comte, es la de que el progreso es la consecuencia necesaria de la evolución social. Acepta, además, varias de las principales tesis de Spencer en sus *Principles of Sociology*, como la de que la evolución social conduce a la perfección humana en lo intelectual, moral, religioso, político y económico. O sea, que para ambos el progreso es unilineal, unidireccional y, también, indefinido.

²⁷ Allison Williams Bunkley, *The Life of Sarmiento* (1952; New York: Greenwood Press, Publishers, 1969), p. 503.

²⁸ Bunkley, p. 503.

²⁹ Domingo F. Sarmiento, *Conflicto y armonías de las razas en América* (1883; Buenos Aires: «La Cultura Argentina», 1915), p. 74.

Una sociedad humana más evolucionada que otra es, en consecuencia, más perfecta que ésta. Finalmente, está de acuerdo en que la sociedad industrial, la más compleja, cooperativa e integrada de todas las sociedades, según Spencer, es la más avanzada y perfecta ³⁰.

La posición de Sarmiento en cuanto a la evolución de los pueblos es que todos los grupos humanos del planeta han seguido las mismas etapas evolutivas. Pero en América, lo mismo que en Australia y en partes de África, los hombres se han encontrado en presencia de una naturaleza más primitiva que la de Europa y partes de Asia. (Aquí reaparece la tesis de la influencia del medio geográfico, que era central en *Facundo*.) En la época en que Colón llegó a América el hombre se hallaba rodeado de una fauna contemporánea de los animales del terciario, especialmente en el sur del continente, donde investigadores como Florentino Ameghino, Francisco P. Moreno y otros habían encontrado restos paleontológicos, que habían llevado al primero a afirmar la anterioridad del hombre americano, y donde todavía deambulaban mulitas, matacos, tatúes y avestruces, sobrevivientes de una fauna desaparecida en otras partes del mundo. Debido a estas condiciones, el indígena americano estaba demorado, retrasado en su evolución, como también les sucedía a los nativos de las islas del Pacífico y de Australia. Los indios de Tierra del Fuego, por ejemplo, todavía permanecían en la Edad de Piedra, como lo había indicado Darwin. En otras regiones del continente americano había pueblos en etapas más avanzadas de evolución, pero sin alcanzar el nivel de las grandes civilizaciones del viejo mundo, como la egipcia y la india, por ejemplo. Considera pruebas de esto que los indios peruanos y los de otras regiones de culturas desarrolladas sólo llegaron a enterrar a sus muertos en huacas o *mounds*, y no alcanzaron la etapa de las pirámides funerarias o mausoleos.

La tesis de *Conflicto y armonías*... es que el fracaso del sistema democrático de gobierno en Hispanoamérica, la persistencia de ciertos males sociales y políticos, a pesar de la introducción de muchas de las conquistas de la civilización europea y norteamericana, y de lo mucho que se ha hecho en esos países para afirmar las prácticas democráticas, no se debe a «meros errores de los gobernantes y a ambiciones desenfrenadas, sino como a una tendencia general de los hechos a tomar una misma dirección en la española América» ³¹. La tendencia a que alude es la de malear y

³⁰ Ingenieros señala, sin embargo, que Sarmiento «no alcanzó a modelar su pensamiento sobre las grandes líneas de Spencer, como intentó hacerlo en sus últimos trabajos». Véase José Ingenieros, «Las ideas sociológicas de Sarmiento», en Domingo F. Sarmiento, *Conflicto y armonías de las razas...*, p. 10.

³¹ Sarmiento, *Conflicto y armonías de las razas...*, p. 55.

corromper el sistema democrático; la proclividad a caer en el despotismo y en la arbitrariedad de los gobernantes; la inclinación al uso del fraude electoral y a la deshonestidad en el manejo de la cosa pública; en fin, la tendencia de las instituciones republicanas y democráticas de la América española a retroceder y corromperse. Esta proclividad, afirma Sarmiento, tiene como causa y origen la cruza de razas que se efectuó desde la época de la conquista: de la raza indígena como base con la blanca y la negra como accidente. La falla estuvo en que se mezclaron razas que estaban en diferentes etapas de evolución: una raza civilizada con otras que estaban todavía en estado de barbarie o completamente salvajes. La mezcla resultante se maleó aún más por el hecho de que el pueblo europeo que conquistó el sur de América estaba, a su vez, retrasado en su evolución con relación al resto del continente europeo y apenas empezaba a salir de la Edad Media cuando descubrió el Nuevo Mundo. Otros países, como Inglaterra, Holanda y Francia, estaban más adelantados³².

De las razas que se mezclaron, piensa que la indígena ha aportado las características más primitivas o negativas. El resultado de la mezcla posee cualidades que significan un paso atrás en el proceso evolutivo de la raza blanca, porque presenta rasgos más primitivos o rústicos y no manifiesta dotes que indiquen un avance sobre las otras dos razas. El mestizo americano es un tipo humano refractario para la vida moderna y, además, inadecuado para las prácticas políticas democráticas. La crítica de Sarmiento se dirige, pues, al modo como se realizó la conquista y colonización de América, que mezcló tres razas heterogéneas entre sí, que dieron por resultado un producto inferior.

Para probar su tesis emplea el método histórico-comparativo utilizado por Tocqueville, que comparó Francia y los Estados Unidos en relación con el desarrollo de las instituciones democráticas. Sarmiento compara los resultados producidos por la colonización anglosajona en las colonias de Nueva Inglaterra con los de la colonización española y portuguesa en el sur del continente. Mientras que la primera se llevó a cabo sobre la base de la preservación de la pureza racial, la segunda se efectuó mez-

³² Es importante indicar que aunque Sarmiento emplea a veces la palabra *raza* en un sentido biológico, en *Conflicto y armonías...* la usa la mayor parte de las veces en un sentido histórico o cultural, al modo como Agustín Thierry lo hace en *Histoire de la conquête de l'Angleterre* (1825), que Sarmiento conocía, y Alexis de Tocqueville en su *La démocratie en Amérique*. Raúl A. Orgaz sostiene, confirmando lo anterior, que «tan lejos se encuentra Sarmiento de creer que haya una superioridad fatal o una inferioridad ineluctable en los grupos étnicos, que ya cuando visitó los Estados Unidos advirtió que 'la aptitud de la raza sajona no es la explicación de la causa del gran desenvolvimiento norteamericano'». Raúl A. Orgaz, «Sarmiento y el naturalismo», p. 327.

clando las razas conquistadora y conquistada y agregando un tercer elemento racial. Los resultados, concluye, no pueden ser más opuestos. Mientras en el norte un pueblo de raza blanca, heredero de las instituciones democráticas y de la civilización europea cristiana, avanza con velocidad pasmosa en el camino del progreso, en el sur una multitud de repúblicas sólo democráticas en la forma andan tropezando y cayendo, «sin poder afianzar sus instituciones democráticas de gobierno ni avanzar con seguridad y firmeza en el camino del progreso, quedándose atrás», mientras los Estados Unidos y Europa se alejan cada vez más.

Sarmiento dedica varios capítulos al análisis de las razas indígenas. Se concentra, sin embargo, en aquellas que poblaron el actual territorio de Argentina: las que llama raza quichua, raza guaraní o misionera y arauco-pampeana. Salvo la mención de las opiniones de Darwin y de algunas investigaciones científicas como las de Broca sobre el tamaño del cráneo del hombre europeo, y las de Ameghino sobre el hombre americano, la mayor parte de las autoridades que cita en su apoyo son historiadores o viajeros, como los Ulloa, MacGregor, Mr. Bishop, Wilson, historiador de México; Agassiz, el agente francés en Caracas; M. Depons y otros. Observa agudamente que la introducción del caballo por los españoles significó «un paso muy importante en la elevación moral de las razas indígenas... [ya que suprime] dos siglos de servidumbre para el indígena, lo eleva sobre la raza conquistadora, aun en las ciudades, hasta que el ferrocarril y el telégrafo devuelvan a la civilización del hierro su preponderancia»³³. No obstante, luego de ocuparse del papel del indio en las luchas por la independencia, que considera más bien negativo, afirma que, del mismo impulso, surgió «un movimiento interno de dislocación de la antigua composición de las colonias en el Río de la Plata, principiando una revuelta paralela a la revolución de la independencia de las razas indígenas»³⁴. Se refiere concretamente a las montoneras de Artigas, formadas en su mayor parte, en su opinión, por indios charrúas primero y por guaraníes más tarde. El resultado fue la separación definitiva del antiguo virreinato de Uruguay y el Paraguay. El efecto más lamentable de estas sublevaciones, dice, fue la propagación de las luchas civiles a una gran parte del territorio argentino, donde había todavía poblaciones indígenas. Estas afirmaciones han sido rebatidas posteriormente por algunos historiadores.

³³ Sarmiento, *Conflicto y armonías de las razas...*, p. 370.

³⁴ Sarmiento, *Conflicto y armonías de las razas...*, pp. 379-380.

CONCLUSIÓN

Sarmiento mostró simpatía e interés por el indio americano en distintas épocas de su vida de escritor, especialmente en sus obras de juventud, como lo indican sus censuras al sistema colonizador, que los convirtió en raza dominada, explotada, abusada y violada por los dominadores hispánicos.

Sin embargo, ya en sus primeros escritos consideró negativa su contribución en la mezcla de razas impuesta por la conquista. Esta opinión se fortificó posteriormente al conocer la teoría de la evolución de Darwin, que ubicaba a los indios en la escala evolutiva como primitivos sobrevivientes de una etapa anterior ya superada por los pueblos europeos que invadieron el continente americano. La intención suya al escribir *Conflicto y armonías...* fue argumentar en contra de la conquista y colonización españolas. Emplea severas expresiones al referirse a los indios, con la intención de mostrar que el error de la fusión de razas, al transferir a sus descendientes sus consecuencias nefastas, ha producido pueblos inadecuados para la democracia y el uso de las libertades civiles. Por otra parte, de acuerdo con la teoría de Spencer sobre la evolución de las sociedades humanas, que pone a las sociedades industriales en la etapa más avanzada de un proceso en el cual las sociedades militares se hallan en las etapas inferiores —etapa en la que se encontraban los indios—, Sarmiento concluyó que los indígenas y sus descendientes mestizos son inadecuados y hasta reacios para la vida en la sociedad industrial moderna. Esto constituye una conclusión apresurada, favorecida por las tendencias pseudocientíficas de la época, anterior en cuatro décadas a las investigaciones de Boas y la nueva antropología cultural. En su opinión, los españoles y portugueses violaron el mandato bíblico de «no cohabitar con las hijas de Moab» y además interrumpieron la evolución de una raza que la Providencia tenía reservada para otros fines.

Sarmiento fue, en realidad, un defensor de los indígenas americanos frente a la dominación y explotación hispánicas. Una lectura atenta de sus obras, sobre todo de *Conflicto y armonías...*, que no se limite a considerar las expresiones o giros más o menos peyorativos sobre los indios —de las cuales, sin duda, abusa— y que ahonde en la intención que lo llevó a escribir esta obra, muestra claramente que sus ataques iban dirigidos contra la herencia hispánica de fanatismo e intolerancia religiosos (sus acres ataques contra la Inquisición), de desigualdad de clases sociales (sus ataques a la explotación servil de los indios), de despotismo político (sus referencias a las instituciones políticas, controladas desde Es-

paña, con la excepción de los Cabildos), de autoritarismo militar, de indolencia para el trabajo manual, la industria y el comercio. El enemigo de Sarmiento no fue el indio americano, sino el pesado lastre que dejó la colonización española, algunos de cuyos elementos involuntarios fueron el indio sobreviviente y el mestizo, con los estigmas que dejó en ellos la colonización.

